

Franco no era tan lego en economía como a menudo se cree

Miguel Ors Villarejo

Actualidad Económica 4 de marzo de 2019

Muchos años después, cuando ya estaba retirado de la vida pública, Alberto Ullastres quedó un día a comer con Juan Velarde (Salas, Asturias, 1927).

“Debían ser finales de los 70”, hace memoria Velarde en su despacho de presidente de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. “Los dos dábamos clase en la Escuela Diplomática y teníamos buena relación y le pregunté: ¿cómo se atrevió usted (porque yo lo trataba de usted) cómo se atrevió usted a abrir la economía cuando llegó al Ministerio de Comercio en 1957? Muy sencillo, me dijo, era la única alternativa.

Aunque en 1951 ya se había producido “una importante renovación ministerial que marcó un cambio de orientación hacia un menor intervencionismo” como ha escrito el historiador Gabriel Tortella, persistían serias trabas regulatorias que impedían el desarrollo de una industria competitiva. Para conseguir divisas todavía dependíamos de la agricultura y, cuando las heladas tardías de 1956 arruinaron nuestra principal exportación, la cosecha de naranjas, la compra de bienes de equipo y de petróleo quedó gravemente comprometida. “No disponíamos de fondos para pagar las mercancías que viajaban a nuestros puertos”, dice Velarde. En diciembre de 1958 había concedidas licencias de importación por valor de 200 millones de dólares y las reservas exteriores apenas superaban los 45 millones.

Para evitar el colapso, el Gobierno aprobó un paquete de medidas que facilitaban la inversión extranjera, limitaban el gasto público, congelaban los salarios, restringían el crédito y establecían una paridad realista con el dólar, anclada hasta entonces en las 42 pesetas por razones patrióticas. A cambio, el país accedió inmediatamente a cuantiosas ayudas de los organismos internacionales y Estados Unidos.

“La aprobación del Plan de Estabilización tuvo que ser un trago tremendo” le digo. “Franco era un fervoroso partidario de la autarquía”.

“No sólo él”, precisa Velarde. “Era el modelo general de España desde Cánovas del Castillo. El éxito de la Alemania de Bismark tenía fascinada tanto a la derecha como a la izquierda. Había algún librecambista, pero era una cosa rara, de economistas. Todos los políticos eran radicalmente aislacionistas, y más aún tras la Gran Depresión”

Ese clima antiliberal hace aún más meritorio (e incomprensible) el paso dado por Ullastres, Mariano Navarro Rubio y Laureano López Rodó.

Pero lo cierto es que no estaban tan aislados como parecía.

LA BATALLA DE LAS IDEAS. Entre 1945 y 1960, Franco ejerció de articulista bajo tres seudónimos: Jakim Boor, Macaulay e Hispanicus. En casi un centenar de piezas publicadas en el diario *Arriba*, dio rienda suelta a sus grandes obsesiones: la masonería, los judíos, la democracia liberal, la pérdida Albión y, también, la economía. Juan Carlos Sánchez Illán y Daniel Lumbreras Martínez han diseccionado esta actividad en un trabajo para la revista *Historia y Comunicación Social* y, en lo que se refiere a las finanzas, el dictador defendía posiciones similares al peronismo o el chavismo actuales: la intervención de las empresas era necesaria para proteger al pueblo y la inflación tenía su origen en la acción de los “perniciosos especuladores” y era “absurda” la teoría de que el gasto del Estado era lo que la alimentaba.

A pesar de la contundencia con que se expresaba, “Franco era un pragmático”, asegura Velarde. No tenía el menor inconveniente en deshacerse de una idea cuando creía que no funcionaba. Aunque procedía del maurismo y, en

cuanto tal, recelaba del libre comercio, estaba abierto a otros planteamientos y “Román Perpiñá Grau (creador del primer servicio de estudios económicos de España ya había demostrado en *De economía hispana* (1936) que el proteccionismo era un disparate”.

“Pero Franco no tenía mucha idea de economía”.

“No se crea”, frunce el ceño Velarde, “algo había estudiado. Fíjese lo que me contó un conocido que compartía tertulia en Oviedo con Felipe Polo, el padre de doña Carmen. Como usted sabe, Felipe Polo no veía con buenos ojos a Franco y, una vez que estaba diciendo que nunca aceptaría a ese comandante que andaba detrás de su hija, un catedrático que había allí le contestó que tampoco era un cualquiera y que se había matriculado como oyente en clases de economía y derecho político”.

Esta fascinación de Franco por el mundo académico lo llevaría en 1939, recién concluida la guerra, a abrir una ronda de consultas con expertos para ver cómo tenía que afrontar la reconstrucción. Alfonso García Valdecasas, un camisa azul de primera hora que había participado con José Antonio Primo de Rivera en el acto fundacional de la Falange, fue uno de los convocados. “Valdecasas”, dice Velarde, “le explicó que, tras sufrir la derrota de Sedan en 1870, Francia constituyó el Institut d’Études Politiques, reunió en él a especialistas en todos los campos y les dejó hacer sin ningún tipo de interferencia. Ese es el camino, le dijo a Franco. Qué interesante, le contestó Franco, mándeme un guion con eso que me acaba de contar. Valdecasas pensó que era una fórmula de cortesía, pero envió el guion, claro, y cuál no sería su sorpresa cuando le llama el ministro de Gobernación y cuñadísimo Ramón Serrano Suñer para decirle que a su excelencia le había parecido muy oportuna su propuesta, que había decidido poner en marcha el Instituto de Estudios Politécnicos y que lo nombraba a él director”.

Valdecasas entregó la sección de economía del Instituto a los discípulos de Antonio Flores de Lemus, un crítico feroz del rearme arancelario de principios de siglo, y desde ahí empezaron a irradiar su influencia por toda la economía.

El propio dictador cayó bajo su seducción. “Pedía continuamente informes que leía, releía y anotaba. En la Fundación Franco los conservan, con los subrayados que hacía con lápices azules y rojos, y con las anotaciones que hacía al margen: sí, no, bien, mal, punto de exclamación...”

A partir de esas apostillas y de una intervención muy temprana del caudillo ante el Consejo Nacional del Movimiento, Velarde ha preparado un artículo “muy largo, muy pesado, para expertos”, titulado “El plan de desarrollo que nunca existió”.

“El modelo propugna una apertura total del mercado”, dice, “de libertad interna absoluta. No hay ni rastro del INI (Instituto Nacional de Industria) más bien hay críticas a las empresas estatales”.

“¿Y por qué se frustró ese proyecto?”

“Por la Segunda Guerra Mundial”, responde Velarde. “Se hundió el intercambio con el exterior y llegaron los asesores alemanes y (Juan Antonio) Suances”, el ingeniero naval cuya obsesión por alcanzar la autosuficiencia iba a dominar la primera década del régimen.

EL TRIUNFO. Aunque aquel primer conato liberal se frustró, la infección seguía encapsulada en el Instituto de Estudios Políticos y empezaría a diseminarse por todo el organismo cuando en 1944 se confió a sus cuadros la puesta en marcha de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas.

“En comercio internacional”, dice Velarde, “teníamos a Manuel de Torres, que nos enseñaba que la autarquía era un proceso de autofagia, y ponía el ejemplo de la siderurgia: para desarrollarla, razonaba, coges el hierro de Almería o el Rif, pero como tus instalaciones son pequeñas, tu acero no es competitivo. Necesitas producir más, pero ¿de

dónde sacas el dinero? Lo que tenías para exportar era el hierro de Almería y del Rif, pero no has consumido en tus instalaciones. ¡El sistema se devora a sí mismo!”

Hace una pausa, continúa explicando:

“Como libro de texto teníamos el manual de Gottfried Haberler, que era un absoluto librecambista. ¿Y quién impartía unas clases especiales de economía española? ¡Román Perpiñá Grau!”.

Como una inagotable marea liberal, las sucesivas promociones de licenciados se fueron incorporando a la Administración, donde “decíamos lo que nos daba la gana”. De viva voz y por escrito. Velarde publicó una crítica feroz contra el proteccionismo de Pedro Gual Villabí, ministro sin cartera de varios Gobiernos franquistas, quién mandó una réplica igualmente enérgica. “Yo no era entonces más que un ayudantillo en la facultad y una mañana me encuentro por los pasillos con Valentín Andrés Álvarez (catedrático de Teoría Económica). Cuénteme eso de Gual Villabí, me dice. Se lo cuento. ¿Y no le ha contestado usted?, me pregunta. Claro, mire, aquí está, y le enseño un papel. Era una contrarréplica muy dura, pero Álvarez me dijo después de leerla: yo habría sido aún más duro. ¡Es imbécil!”.

Los liberales no solo contaban con el apoyo de los catedráticos, sino que al poco tiempo se les abrió una ventana en la prensa. “Ismael Herraiz, el director del *Arriba*, me vio hablando en un acto del SEU (Sindicato Español Universitario, la organización estudiantil del régimen) y me llamó. ¿Quiere usted escribir en mi periódico? Sí, claro, le dije, pero igual le meto en problemas. No se preocupe, a mí no me tose nadie, me dijo, y así empecé a publicar. Y otro día le digo a Herraiz: tengo unos amigos a los que también les encantaría colaborar. Pues monte una sección de economía, me dice, y llevé a César Albiñana. A Enrique Fuentes Quintana, a Gonzalo Arnaiz, y en el año 59 defendimos el Plan de Estabilización de una forma tremenda”.

¿Pero no escribía en el *Arriba* Hispanicus, o sea, Franco?

“Ya no”, dice Velarde.

A finales de los 40 había habido un debate sobre la conveniencia de introducir medidas de estímulo e Hispanicus, o sea, Franco, había echado su cuarto a espadas en una pieza que preconizaba un vago Keynesianismo. Simultáneamente, en la revista *Economía*, Velarde y sus secuaces habían dedicado un número monográfico a responder si la *Teoría General* de Keynes era aplicable a España. El dictamen era desfavorable y por eso les sorprendió que les llamaran del Pardo pidiéndole un ejemplar. “¡Si va contra sus tesis!, le dije a mi interlocutor, ¡te lo vas a tirar a la cabeza! Pero pasó todo lo contrario, debió de convencerle por completo, porque sus colaboraciones de Hispanicus se interrumpieron. Para siempre”.

ADIÓS. Velarde estuvo en una única ocasión con Franco: en 1973, al cesar como secretario general técnico del Ministerio de Planificación. “Los que teníamos categoría de director general podíamos solicitar una audiencia de despedida y yo lo hice y me la concedieron. ¿Cómo ve usted la situación económica, Velarde?, me preguntó Franco”. El salto que había dado el país era espectacular. La entrada en vigor del Plan de Estabilización redujo la inflación del 12,6% en 1958 al 2,4% en 1960. En ese mismo plazo, el saldo del Banco de España pasó de un déficit de dos millones de dólares a un superávit de 500 millones. Es verdad que las restricciones crediticias y monetarias causaron una breve contracción, abocando a dos millones de españoles a la emigración. Pero a partir de 1960 la inversión extranjera y el turismo se dispararon y la economía experimentó un despegue espectacular. “En los 60 años que van desde 1957 a 2017 se multiplicó el PIB por habitante por 4,8” escribe Velarde.

Pero aquella mañana de 1973 había motivos para la inquietud. La guerra del Yom Kipur había estallado, las naciones árabes habían declarado un embargo a los aliados de Israel y el petróleo subía desatado.

“Cómo ve usted la situación económica, Velarde?”, le preguntó Franco.

Velarde quiso poner una nota positiva.

“Le dije que yo siempre miraba cómo le iba a Italia y había visto que acababa de superar en PIB al Reino Unido”.

La ejecutoria reciente invitaba, sin duda, al optimismo. ¿Por qué no íbamos a adelantar también nosotros al Reino Unido?

“Velarde”, le dijo Franco con gesto escéptico, “Inglaterra es mucha Inglaterra”.

“Y tenía toda la razón”, añade hoy Velarde. Porque a medida que las urgencias se solventaban y los desequilibrios se corregían, el apetito reformista fue agotándose y España perdió fuelle.
Nos pasa siempre. Como bien había señalado Ullastres, somos liberales cuando no nos queda otra alternativa.